

Algo más sobre Música

Elite

(Léase la primera parte de este artículo en "Elite" No. 58)



DVORAK

(Conclusión)

Sigo aquí mi charla musical para, antes de copiar las partes que me propongo hacer conocer de mi traducción del estudio sobre la Sinfonía "Del Nuevo Mundo" de Dvorak a que he aludido en la primera mitad de este escrito, informar al lector que dicha obra se compone de los siguientes cuatro movimientos:

- 1º Adagio-Allegro molto,
- 2º Largo,
- 3º Scherzo molto vivace, y
- 4º Allegro con fuoco.

Antes de entrar al examen de estos movimientos, el fino maestro, anónimo autor del referido estudio, norte-americano al parecer, escribe una especie de prólogo que, traducido, dice:

"Muchas obras musicales, al parecer de mérito, han parecido después de inmediata y vasta popularidad, durando así en la historia del arte, poco más que los triviales cantos y bailes de Broadway que no logran sino una florecencia efímera en nuestra acelerada y brillante vida moderna. Se oyen constantemente por doquier, se asimilan con demasiada prontitud, sin poseer nada del contenido intelectual capaz de penetrar por siempre en el alma del hombre de sensibilidad superior, a cuyas puertas sólo llama la música de valor verdadero.

No pretendemos comparar dicha música de frívolas danzas y canciones con la de tantas otras obras muertas, y por morirse, que en óperas y conciertos constituyeron un tiempo, y constituyen aún hoy, el encanto de la gran mayoría. Pero es innegable que la fugaz existencia de ambas proviene de lo mismo: la escasez de sustancia con que alimentar el espíritu.

Es muy raro el caso de una obra musical que, siendo realmente grande, obtenga inmediata popularidad y que, aun en el público más refinado, encuentre, a la primera o segunda audición, la acogida que merece. Generalmente la aprobación de ese público espera su asimilación; proceso lento, laborioso, raramente completo y a veces inalcanzable.

No obstante, existen unas pocas obras notables, de valor permanente, que han logrado impresionar inmediatamente y despertar así entusiasmo muy duradero. La Sinfonía de Dvorak "Del Nuevo Mundo" es una de ellas.

Hay varias razones que explican el éxito instantáneo de esta obra. La primera reside, naturalmente, en la música misma con su llamada rápida y segura a todos los oyentes, llena en cada línea de cálidas expresiones humanas que, sin despertar emociones vulgares que sólo hieren la psicología de la masa, revelan con sinceridad su apasionado sentimiento, conquistando y sacudiendo todos los corazones; luego, su brillo cautivador que nada tiene de relumbrosa ostentación, sino que es pura e intensa expresión de un pecho ardoroso en un temperamento excesivamente apasionado a la vez que voluble. Cuánta lógica en su desarrollo y cuán bellísima variedad en esta obra tan característica del autor.

Un diluvio de furiosas controversias se desató en los círculos musicales en seguida de la primera presentación de esta Sinfonía. Muchísima tinta se gastó en estas muy largas y minuciosas discusio-

nes, con el objeto de probar la manera y el grado en que la "Nuevo Mundo" fué influida por la música característica norteamericana, sea la música de los indios y de los negros de los campos.

A estas discusiones les queda ya poca importancia. La Sinfonía "Del Nuevo Mundo", como un número de interés extraordinario, ha entrado a formar parte del repertorio de todas las mejores orquestas del globo; viejos prejuicios y opiniones encontradas se han echado al olvido ante el encanto soberano de la música misma. Juicios más maduros de maestros y amantes de la música vindicaron lo expresado por el mismo compositor, y es que no ha puesto en esta Sinfonía una versión literal de la música de los nativos norteamericanos, sino la interpretación del espíritu de esa música en la forma que más se acerca al canto popular. De esta manera Dvorak ha dado un sentido más perspicaz al título de su obra: Si el espíritu de la Gran República Americana es el resultado de la penetración de lo acumulado por las razas europeas, debe aceptarse con más razón el significado amplísimo de dicho nombre, ya que la Sinfonía encierra las características de la música de todas las razas que se han unido bajo el cielo americano".

Y como introducción al análisis del primer movimiento hace la siguiente interesante digresión:

"Nadie ha presenciado jamás el acto de crear. Es indudable que, en el sentido estricto, el poder de la creación no ha sido concedido a hombre alguno. El artista, entre todos los hombres, es el que quizás se acerca más a la posesión de este poder preternatural, y, de todos los artistas, el músico debe colocarse en el primer puesto como creador. Siendo la creación el acto de hacer algo de la nada, no pueden poseer esta facultad ni el pintor ni el escultor; pues lo que uno extiende sobre el lienzo y el otro hace brotar de la piedra, ha tenido su existencia en el mundo material. Sus formas de expresión son derivadas, adaptadas y no inventadas o creadas. En el músico, en cambio, el sentimiento, la emoción, la fuerza y la vida que expresa a través de su obra, son productos provenientes de conocimientos nacidos del sonido incorpóreo que, puede decirse, carece de existencia objetiva y es la expresión misma de su alma. Conocer la elaboración de un tema musical es simplemente llegar a comprender el trabajo del "matemático inconciente"; pero sentir interiormente un tema musical en formación, es acaso llegar a contemplar, todo lo más de cerca posible, el acto de crear.

No a todos los compositores, ni aun entre los más grandes, les ha sido concedido en igual grado y con igual elevación este íntimo procedimiento mental, el dón maravilloso de lograr que el oyente perciba, no solamente el encadenamiento de las formas musicales por cuyo medio le comunica su pensar y su sentir, sino también cómo forja, en el fuego de su alma, cada eslabón de esa cadena para hacer de ella una unidad coherente e inteligible. Wagner fué particularmente ingenuo a este respecto, a igual de Dvorak en la presente obra".

Sobre el segundo movimiento empieza por informarnos lo que sigue:

"Considerado separadamente, el segundo movimiento o "Largo" de la Sinfonía "Del Nuevo Mundo" es una de las composiciones para orquesta más citadas y bien conocidas en la literatura musical. La razón de ello se explica con una simple audición de esta parte, porque no hay corazón que no se sienta directamente herido por este canto de vehemente anhelo, por este ruego apasionado de un alma sensible, expresados en su purísima línea melódica.

La melodía principal de este segundo movimiento es generalmente considerada como el más bello solo que se ha escrito para corno inglés u oboe alto. Su carácter de canto es manifiesto (es de pura expresión vocal) y se presenta y se mueve en su gran serenidad como el alma verdadera de la Sinfonía".

Tras la descripción musical de la primera parte de este "largo" sigue en sus felices digresiones así:

"Los verdaderos amantes de la música, los que saben oír con el interés y el amor que merecen estas grandes creaciones, sienten inevitables impulsos de asociarse al compositor en los pensamientos y sentimientos que debieron moverlo al escribir su obra. En la imaginación de cada cual surgen ideas diferentes, pero cuyo espíritu, sin embargo, de muchas veces encierra sentimientos muy semejantes. Esta Sinfonía de Dvorak, con su contenido asombrosamente rico en elementos emoti-

vos y pintorescos (no obstante de ser música "pura" y no "de programa") mueve acaso más que ninguna otra composición el entendimiento de los oyentes arrastrándolo irresistiblemente a cada instante por caminos de la más viva fantasía.

Aquí, en la presente parte de la obra, una impresión de la terrible soledad de las praderas extendiéndose suave y monótonamente por millas y millas bajo un cielo resplandeciente, es sugerida fácilmente con la cooperación mental del oyente. Esta impresión resulta profunda y fuerte si recordamos que Dvorak, de espíritu sencillo y casi infantil, con su psicología de aldeano y su corazón ardoroso formado al calor de las pequeñas poblaciones en que trascurrió su infancia, sufrió agudamente bajo el peso de la nostalgia en la tumultuosa, atropellante, arduidosa ciudad de Nueva York; sufrimiento éste que había se sintiera vivamente atraído a la colonia que habían formado sus paisanos en Spillville, Iowa, donde encontró un refugio. Allí, movido al mismo tiempo por sus amargos recuerdos de la metrópoli que por el sentimiento de consuelo que hallara en compañía de esos paisanos y acaso por la contemplación de comarcas que le recordaran las praderas de su amada Bohemia, escribió algunas partes (quién sabe cuántas!) de su Sinfonía "Del Nuevo Mundo".

Para concluir la descripción del mismo movimiento y manteniéndose todavía dentro de lo analítico, escribe lo que sigue, que copio como una muestra de las muchas bellezas de este estudio aun en sus partes técnicas:

"Aquí se presenta un instante sorprendente por el uso del silencio, como un pintor que, poniendo en un punto de su cuadro completa ausencia de luz, logra un detalle expresivo. Justamente donde esperamos oír una frase enfática, hay un rápido detenimiento, una supresión, como la revelación de algo terrible, acaso más elocuente en la voz que se ahoga que cuanto sonido pudiera emitirse. Si la música pudiera sugerir el derramamiento de una lágrima (que sí lo puede!), aquí nos habla, al sofocar un suspiro, de un grito interior que se apaga en el silencio antes de nacer. Y el canto intenta seguir valientemente su camino, pero sólo logra proferir una nota que muere bajo el peso del desengaño".

"Ya para terminar este movimiento oímos crecer una vez más, noble y significativamente, la voz de los violines, debilitándose luego para extinguirse en la sombra, en el silencio, dejándonos, en su penetrante hermosura, el efecto de una tristeza casi irresistible. Sin la débil resistencia que oponen esos violines en su última inflexión, esta música habría tenido su fin en la más profunda melancolía; pero tonos más claros se abren paso por entre las sombras despidiendo sus rayos crepusculares que parecen sostenerse vacilantes por encima de la oscura frase final de los contrabajos..."

Después del examen técnico del tercer movimiento agrega estas sentidas consideraciones:

"Este scherzo presenta una oportunidad para observar cuán distinta de los otros compositores es la forma de expresión de Dvorak y su manera de elaborar y ampliar los valores emocionales. Como su vida fué frecuentemente movida por la tristeza y acaso nunca más que durante el período que empleó en escribir la presente Sinfonía, hay en ella apariciones constantes de este sentimiento. Y el hecho de que el Scherzo, en que ordinariamente la mayor parte de los compositores se ha dejado arrastrar por pensamientos menos serios, se disinga en este autor por su melancolía, es ya por sí mismo una interesante exposición de su temperamento reflejado en su música. Las circunstancias de su nacimiento, la vida que lo rodeó en la niñez y las influencias que se ejercieron sobre él, todo contribuyó a la formación de su espíritu intenso, sensitivo, voluble, que absorbía fácil y poderosamente las influencias extrañas de todo género. Sus obras reflejan estas influencias purgadas de todas las fealdades. Sufrió, como tantos, pero sin desconocer que en la vida hay alegrías, como en su música, a igual de sus congojas, se traducen tan poética y elocuentemente. El temperamento del checo típico abunda demasiado en fuera energía para que pueda expresar un rito doloroso; y así Dvorak no ha podido comunicarnos en toda su terrible exactitud las inabarcables angustias de un Tchaikowsky. No obstante, es todo verdad cuando nos habla de penas del espíritu, porque revela los sufrimientos de un organismo que ha sido toda vida y ardor y que, cansado de luchar por la dicha nunca alcanzada, se siente débil y retrocede vencido ante los golpes de sus amargas experiencias. Es pues como un niño cautivo de la naturaleza quien habla en la música de Dvorak, nunca el luchador sofiata; y el dolor no tarda en desaparecer.

Así, el sentimiento del segundo movimiento es de amor y de anhelo más que de tristeza; y en el tercero, ya más cercano a la melancolía, este sentimiento es refrenado por un ritmo que palpita

con vitalidad para tornarse en un regocijo fantástico que lucha en vano por infundir alegría al verdadero espíritu de esta música".

En medio del análisis casi de frase por frase del último movimiento ("Allegro con fuoco"), se desvía para decirnos:

"Examinada hasta aquí la sinfonía, vemos que el método con que ha tratado Dvorak el material temático difiere considerablemente del de los maestros clásicos y que hay menos elaboración de una sola idea y una tendencia más pronunciada hacia la introducción de muchos temas y digresiones. No ha querido imitar a Beethoven agotando extremadamente los recursos del tema antes de abandonarlo y ha preferido más bien, después de presentar el motivo en una forma definida y dos o tres formas derivadas, lanzarse a otro asunto, dejando al oyente una limpia y grata impresión del tema principal. Así, en los momentos más inesperados, hace brotar temas de trozos anteriores de la sinfonía en nuevas formas, derivaciones y combinaciones. Este método es por demás usado entre los compositores modernos; pero cuán pocos han sacado de él tanto partido y revelado en esto ingenio igual! Músicos hay, de menor categoría, que sólo han logrado probar su inhabilidad y su pobreza al emplear este sistema. En la música de Dvorak, por el contrario, es la misma pléthora de ideas que lo acosa y el vigor nervioso de su concepción que generalmente impiden la detenida, la completa elaboración de su material temático. Y así, después de todo, parece como si se recreara al dejar el resto a la imaginación del oyente".

Y termina sus consideraciones y su estudio así:

"Si la Sinfonía "Del Nuevo Mundo" es o no una contribución de la América a la música, se ha discutido por muchos años; y, aunque la vehemencia de esas polémicas ha desaparecido hace ya largo tiempo, hay aún quienes insisten en que la obra ha sido inspirada por la música de los aborígenes y los negros, como también quienes, en mayor número, sostienen la completa independencia de la Sinfonía de cuanto encontrara Dvorak en la música americana. Esta es cuestión que en ningún tiempo podrá ser bien juzgada, ya que argumentos nunca convencen a nadie. Después de todo, para qué ocuparse de averiguaciones y determinaciones cuando aquí hallamos mucho mayor interés en sólo apreciar y saborear una composición tan rica musicalmente, tan altamente original y tan perfectamente sincera, y en la cual hay, si no un tributo de América a la música, seguramente el más hermoso tributo de la música a América".

Para no referirme especialmente sino a uno de los grandes aciertos que contiene este estudio tan serio como elocuente, señalo donde dice que esta obra de Dvorak "mueve acaso más que ninguna otra composición el entendimiento de los oyentes arrastrándolo irresistiblemente a cada instante por caminos de la más viva fantasía". Cuánta verdad en esto! Desde el principio de su conocimiento, me sentí dominado por esos "inevitables impulsos de asociarme al compositor en los pensamientos y sentimientos que debieron moverlo al escribir su obra". Con la audición del último movimiento, la parte en que para mí llega la Sinfonía a su mayor altura, exaltábase mi imaginación retratándose en ella algo así como la entrada, a una capital, de un príncipe que llega para ser coronado y se presenta lleno de promesas para el pueblo que lo aclama confiado y pletórico de júbilo. Pero ese príncipe le hace traición y acaba por ser su tirano. La decepción, la desgracia, el dolor del pueblo bajo el peso de su implacable opresor, el mismo que antes había llegado con tanto esplendor y tantas promesas, todo esto se impresionaba sin remedio en mí fuertemente cada vez que oía y oía el mismo movimiento.

Pasado algún tiempo, tropecéme con un amigo que venía de viajar y de aumentar así lo mucho que su inteligencia y sus estudios han reunido en él. Hablamos de esta Sinfonía y dile a conocer la referida obstinada impresión mía. "Hombre, me dijo, parece que, de lo poco que ha dado a entender Dvorak acerca de lo que le inspiró esa obra y en especial la muy sugestiva parte final, se deduce que está revelada allí, sencillamente, su impresión de los Estados Unidos, donde llegó con muchas promesas materiales y encontró muy poco para su espíritu". Siguió luego su marcha el amigo y, en mi fantasía, quedé pensando sin embargo en el príncipe que venía a coronarse, en el pueblo que lo recibía con tanto regocijo para hallar después en él su dominador y su desgracia (todo ello tratado maravillosamente con un tema que se presenta limpio y jubiloso para alterarse fatalmente después...) Pero estos pensamientos fueron esfumándose para dejar puesto en mi imaginación a la riqueza y esplendor norteamericanos con sus ofertas tentadoras al artista inmenso, al pobre Dvorak que, sin saberlo y antes de llegar a América, ya traía en germen en sí, en su espíritu sensitivo e idealista, la decepción por cuantos halagos no habían de hablar a su corazón y sus ensueños.